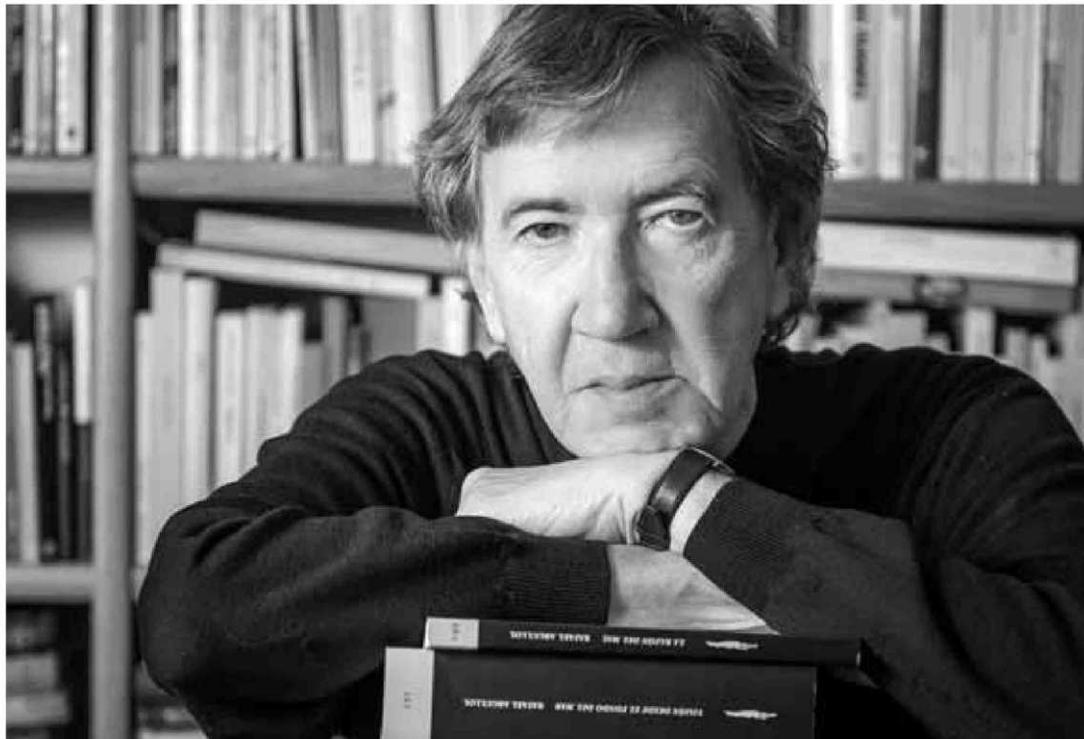


“Caigo muy poco en lo obsceno: cuento la intimidad universal”



Nacido en Barcelona en 1949, Rafael Argullol es escritor y profesor universitario y colaborador habitual en periódicos y revistas.

ACANTILADO

Decidió retarse: ¿podría escribir un texto diario que se considerara terminado, durante tres años y sin importar dónde estuviera ni cómo? Autor de más de treinta novelas, ensayos y poemarios hoy lo cuenta en Foro Auzolan (19.45 horas)

LAURA PUY MUGUIRO
Pamplona

Para haber escrito 1.095 textos al día durante tres años, del 1 de enero de 2012 al 1 de enero de 2015, Rafael Argullol (Barcelona, 1949) ha encontrado uno de los títulos más cortos posibles: *Poema*, y además en singular. En realidad todos esos textos se pueden considerar un poema de tres años unificado por la propia vida del autor, independientemente de que sean muy distintos entre ellos por serlo también las situaciones sobre las que escribe. Hay poemas de cuatro líneas y otros de poco más de una página, nunca más largos. Y habla de él, de lo que reflexiona sobre este momento, del de siglos atrás, de sus viajes, de lo que vivió de niño, de lo que ha ocurrido a sus amigos, de guerras y refugiados, de ciudades, de pasado y de presente. Incluso el futuro tiene espacio, aunque en el último poema.

¿Cómo se planeó *Poema*?, ¿cómo un experimento?, ¿quería probarse algo?

Me lo tomé como un experimento literario y diría también que como un experimento humano: escribir un texto de éstos al día,

con independencia de que estuviera en un lugar u otro, sano o enfermo, lloviera o hiciera sol, tiene su dificultad y su exigencia de reto con uno mismo. Con lo cual fue un reto literario pero también con mis propios límites.

¿Lo llegó a ver como obligación? Empezó siendo un experimento, pero sí como muy apartado de lo que en aquel momento estaba deseando hacer. Porque, si a las tres de la madrugada no había escrito, me ponía entonces... Se puede entender como una obligación, sí...

[ríe] Esa era la cuestión. El problema es que no son poemas de tres líneas, sino que algunos están muy elaborados, y por lo tanto exigían que, si empezaba la actividad a las tres de la mañana, al menos la acabara a las cinco. Si nadie le controlaba, ¿nunca le tentó no escribir un día y hacerlo al siguiente por dos?

[ríe] La gracia que tenía conmigo mismo era seguir la pauta que me había exigido.

¿Elegía cuándo escribir? Escribo sobre todo por la tarde y

por la noche, muy poco por la mañana. Y a mano, con lo que la extensión era la máxima de un folio. Escribo a mano porque lo he hecho siempre. Antes de este libro he escrito 32 o 33, no recuerdo bien, y uno de ellos, *Visión desde el fondo del mar*, tiene una extensión similar y está escrito a mano. Me va mejor. Por un lado, así como el ordenador facilita mucho la rectificación, la mano te hace pensar dos veces antes de rectificar. Y por otro, por la continuidad física entre la mano y el papel que el ordenador no tiene.

Puedo entender que sus cuadernos apenas tienen borrones y que cuando lee los textos al terminar de escribir ya está más que satisfecho.

Es que no los leía por segunda vez: fui avanzando cada día durante tres años sin leer hacia atrás. De haberlo tenido que hacer, me habría vuelto loco. Lo que sí hice fue dedicar un año a leer el texto entero y a modificar algún elemento sintáctico. Pero este libro está escrito mirando siempre hacia adelante.

A partir de *Poema* podemos conocer de usted que perdió un jersey en octubre de 2012; desde cuándo le gusta su nombre, y eso que prefería a los arcángeles Gabriel o Miguel; que su madre con 90 años le dijo que era feliz; que ha vivido en Roma y ha viajado mucho por Italia...

¡Ajá... Que no cree en Dios y que es agnóstico; que desayuna kiwis, crielas y café; que tiene una cicatriz en la rodilla porque de niño tuvo una caída con la bici... Muchos elementos de la vida cotidiana.

¿Le ha sido fácil escribirlos? No me ha costado porque creo que caigo muy poco en lo obsceno, porque creo que cuento la intimidad en un sentido objetivo, de universal, no en un sentido particular. No es un libro que explique que me estoy tomando un café con leche y un cruasán. No es un diario en ese sentido. Procurar pasar rápidamente de lo particular a lo universal.

También le leemos denunciando situaciones: Basora, Lampedusa, Davos, talibanes...

Dependía un poco de las sensaciones del día. En realidad, cada poema acababa siendo la sensación dominante aquel día: por una historia que me contaban,

por algo que había vivido, por las cosas que sentía durante un viaje, por lo que predominaba en la rememoración de otro...

Pues mi sensación es que está usted enfadado o molesto con los humanos contemporáneos. Hubiera estado igual de enfadado con los humanos de hace 1.500 años. Y en realidad no es enfado, sino que tengo aprecio por lo mejor del ser humano pero al mismo tiempo, a medida que se viven los años, se ve mucho de lo peor también. Me considero un humanista, pero no un humanista que diga que el hombre es un ser divino, el centro de todo.

Ahora que menciona el paso del tiempo, habla mucho de la muerte, o de cuando no esté, o de la vida que se acaba.

De la muerte quizás más que de la vida que se acaba. La muerte la he visto desde hace muchísimos años como compañera de la vida. Por eso en un momento determinado hablo en un texto de aquellos grabados medievales del caballero y la muerte: la veo como una presencia palpable y natural. No lo pienso tanto como el final de la vida, sino como una sombra compañera más de viaje.

¿Cómo se describiría? Como alguien en quien se mezcla mucho acción y contemplación. Estoy alerta, procuro tener los ojos abiertos, pero a la vez soy capaz de la ensoñación. Miro hacia afuera y también hacia adentro, procuro tener un ojo hacia el universo y otro, hacia el interior de mí mismo. Solo nos conocemos si somos capaces de jugar todos los papeles de la tragedia y de la comedia, con lo cual hay algo tremendamente serio, incluso podría decir grande en nosotros, y hay algo cómico, insignificante.

Y suelta frases como "todo es incierto, excepto el amor". Es que es la verdad. Una cosa muy sencilla de la vida es que se necesita al menos una ilusión, no sé de qué tipo, pero al menos una ilusión, y el amor es la más grande de las ilusiones. La diferencia entre un viviente y un superviviente es tener una ilusión.

Entre 1.095 textos, ¿se ha quedado con uno? El último. Es el texto que mejor refleja cómo me gustaría morir y cómo me gustaría revivir. Yo me propuse escribir tres años, ni un día más, y el poema último es un balance, una síntesis, de los tres años.

¿Fue difícil dejar de escribir? No, nada difícil [ríe]. Aunque era un desafío, estaba agotado de él. Así que, cuando escribí la última línea, me sentí aliviado, me saqué un peso de encima.

¿Y cuánto tiempo pasó hasta que volvió a escribir otra vez a mano? Meses.

Realmente estaba agotado. Sí, sí. Tenía la muñeca con dolor y la cabeza cansadísima. Fue una aventura difícil. Porque mientras escribí *Poema* seguí con mi vida cotidiana: viajaba, daba conferencias, clases, veía a los amigos... No sustituí la vida por *Poema* porque siempre he sido muy cuidadoso de que la literatura no fuera la sustitución de la vida sino una prolongación. Con lo que aquí los días no tenían 24 horas, sino, como mínimo, 25 o 26.

Así que el experimento... El experimento puede demostrar que los días pueden tener más de 24 horas [ríe].



'POEMA'

Autor: Rafael Argullol

Editorial: Acantilado

Número de páginas: 1.136

Precio: 29 euros